

Robert Vigneron

Estela de Marcel Proust

GÉNESIS DE SWAN (1)



EN enero de 1907 empieza una nueva fase en la vida de Marcel Proust. Acaba de renunciar a su apartamento de la Rue de Courcelles, lleno de recuerdos de su padre y su madre, para cambiarse a su nuevo domicilio del Boulevard Haussman, 102, en donde acampará por 12 años.

Está enfermo: desde su infancia, los accesos de asma le han obligado a guardar cama por semanas y, en ocasiones, por meses; y poco tiempo después de la muerte de su madre, ha sido internado en una clínica para enfermos nerviosos. Está atormentado: desde las sórdidas aberraciones de sus años de adolescente ha mantenido un mórbido interés por los misterios de Sodoma y Gomorra. Está estéril: aspira a expresarse en una obra creativa original, pero hasta entonces su existencia maltrecha le ha impedido lograr este deseo. Sus artículos en *Figaro* y sus traducciones de Ruskin no le satisfacen. Sin embargo, el día está cerca.

(1) Fragmento de un estudio crítico y biográfico, apasionado y doloroso acerca de la obra de Proust. Vigneron, crítico aún desconocido por la mayoría, ha realizado un estudio magnífico acerca de los orígenes de la obra proustiana y ha revelado hechos y formas profundas de la obra de Proust que eran enteramente desconocidos de los estudiosos y admiradores del célebre escritor.

Acababa de establecerse en su nueva morada, cuando, allá por los primeros días de agosto de 1907, sus médicos lo obligaron a abandonar París y le aconsejaron que se fuera a Cabourg: un alivio costero sobre el Canal de la Mancha. En Cabourg se instaló en el Grand Hotel. Este intermedio iba a ser de una tremenda importancia en su vida privada. Imbuído aún, profundamente, de ideas ruskinianas, quería aprovechar su estancia en Cabourg para explorar Normandía como esteta y arqueólogo. Así, pues, luego de su llegada escribió a Emile Mále, pidiéndole consejo sobre los monumentos de mayor significado en la Provincia, y se dió a buscar un automóvil cubierto que le permitiera viajar por toda la región sin exponerse al aire o al sol, sus peores enemigos. De este modo descubrió a Agostinelli.

Nacido en Mónaco, Agostinelli tenía entonces 19 años. Un joven lampiño, de lánguidos ojos surianos, que manejaba uno de los taxis de la Compañía de Taxímetros de Mónaco. Proust contrató sus servicios para toda la temporada, y Agostinelli no solamente le llevó sin incidentes hasta Caen, Bayeux, Dives, Pont-Audemer, Lisieux, sino que a mediados de septiembre lo condujo a salvo hasta París, lo que en aquel tiempo significaba una proeza. De vuelta, en su apartamento del Boulevard Hausman, le repitieron los ataques asmáticos y tuvo que guardar cama nuevamente. Sin embargo, no se olvidó del encantador efebo de Cabourg. Proust, no obstante su enfermedad, le había contratado previamente para algunos paseos, pero sucedió que Agostinelli fué llamado de improviso a Mónaco. Entonces Proust, publicó en *Figaro*, el 19 de noviembre de ese año sus curiosas «Impressions de Route en Automobile», en las que evocaba con cierto placer, y a propósito de su peregrinaje a la Ruskin, por Normandía, la interesante personalidad de su chofer. Relataba cómo, cierta noche, el ingenioso Agostinelli había iluminado el frente de la Iglesia de Notre Dame, de Lisieux, con los faroles del auto, para que él pudiera contemplarlo. Describía también la ambigua y graciosa silueta del motorista inclinado sobre

el manubrio, tal y como él la veía desde su asiento y, permitiendo que su imaginación jugara con metáforas sacrílegas, lo comparaba a una virgen de la velocidad, a una Santa Cecilia, o también, a uno de aquellos santos, que en los portales de las catedrales, sostienen en la mano un áncora, una rueda, un arpa o un caldero: símbolos estos de su oficio, o instrumentos de su propia tortura. El «Santo» Agostinelli, tan sorprendido como complacido de verse así, prematuramente canonizado, le expresó su gratitud en una carta llena de entusiasmo.

Una serie de acontecimientos, ocurridos en Otoño de 1907, estaba destinado a ejercer una influencia determinante en la vida literaria de Proust: El primero fué el asunto Eulenburg, en Alemania. El 23 de octubre, principió en Berlín el juicio sobre el proceso en contra de Maximiliano Harden, por el Conde Von Moltke, quien lo acusaba, a él, al Príncipe Felipe zu Eulenburg y a la camarilla que rodeaba al Kaiser, de inclinaciones anormales. Proust no podía dejar de interesarse vivamente en un escándalo que descubría las ramificaciones y el poder oculto de una secta cuyo arcano estaba él mismo tan celosamente empeñado en penetrar, y siguió el proceso con bien informada competencia.

Harden fué declarado inocente, pero casi inmediatamente estalló un nuevo escándalo, cuando, el 6 de noviembre, la Corte de Moabit, en Berlín abrió el juicio del Príncipe Von Bulow, Canciller del Reich, que había sido acusado por el periodista Adolfo Brandt de vicios contra natura. Más tarde y siempre en un ambiente de escándalo, Maximiliano Harden fué llevado otra vez ante el Jurado de la Corte de Berlín. Fué llamado a declarar como testigo el Príncipe Eulenburg, quien solamente juró ser inocente y ajeno a lo sucedido. Harden fué condenado solo. Unas semanas más tarde, el 22 de enero de 1908 un nuevo caso captó la atención de Europa. Dos oficiales de alta graduación comparecieron ante una Corte Marcial de la Primera División de la Guardia, en Alemania también, a responder al cargo de prácticas homosexuales.

Entre tanto, innumerables publicaciones y periódicos explotaban estos escándalos. Pocos comentaristas se limitaban a hacer consideraciones filosóficas y la mayoría de ellos se entregaba a la publicación de revelaciones sensacionales sobre la «Sodomie de la Sprée». Tal vez fué entonces cuando Proust concibió la idea de dedicar un estudio objetivo a un problema que lo había perseguido durante tanto tiempo y al que los acontecimientos contemporáneos le daban tanta importancia. Pero otro objeto atrajo su atención, por lo menos, durante algún tiempo. En diciembre de 1907, Reboux y Muller habían publicado sus «*A la Maniere de . . .*», una colección de inteligentes *Pastiches*, que alcanzaron gran éxito, y en enero de 1908, fué descubierto un fraude increíble: El «*Affaire des Diamants*», mejor conocido por el «*Affaire Lemoine*», cuyas vicisitudes se convertirían durante varios meses en grandes noticias. Lo primero hizo nacer en Proust la idea—y lo segundo, le dió el tema—para una serie de *Pastiches* que publicó en «*Figaro*», en los meses de febrero y marzo, de ese mismo año, bajo el título: *L’Affaire Lemoine*.

Pero este pasatiempo pronto le cansó y lo consideró banal. Además, los escándalos alemanes habían vuelto a reclamar la atención de Europa insistentemente. El 21 de abril de 1908, se abrió en Munich otro proceso, en que figuraba Maximiliano Harden, seguido por Antón Staedele, quien lo acusaba de haberse dejado cohechar por el Príncipe Eulenburg. La evidencia irrefutable probó que Eulenburg había cometido perjurio cuando juró su inocencia en el juicio de diciembre, y el Procurador Público no pudo pasar por alto semejante hecho. Los acontecimientos que siguieron fueron sensacionales: El primero de mayo el Príncipe Eulenburg fué sometido a un interrogatorio en su castillo de Liebenberg, a los 7 días fué arrestado y un día después transferido a Berlín e internado en el Hospital de Caridad. Así fué como cayó su Serena Alteza, Felipe de Eulenburg Hertefeld, Graf von Sandels, antiguo Embajador en Viena, Caballero del

Aguila Negra, amigo y confidente del Kaiser, y después de éste, el hombre más fuerte del Imperio Alemán.

En estas circunstancias y conmovido por el terrible ejemplo, Marcel Proust resolvió emprender un estudio metafísico y social de la homosexualidad y publicarlo como artículo en una revista. Según parece, llegó incluso a escribir algunas páginas. Pero pronto cambió de opinión e hizo proyectos para una novela corta sobre el mismo tema, idea que lo satisfizo más que la de un mero ensayo.

Sin embargo, dudaba, pues había establecido como norma esencial de su estética la trascendencia del arte, y temía que en una novela corta sobre Sodoma y Gomorra, fracasara su intención de abstraerse completamente de las contingencias que lo habían inspirado. Indudablemente percibió también que una obra reducida sería un marco demasiado estrecho para un tema de tantos alcances: una gran novela estaba en proceso, y ésta podría ser su oportunidad para realizar al fin un sueño con el que indolentemente había jugado por varios años.

En 1906, inmediatamente después de publicar su traducción de *Sesame and the lilies*, confesó a sus amigos el desencanto que sentía por la vana tarea de la traducción y el comentario, y su ansia de emprender, tan pronto como su salud lo permitiera, una obra original y de importancia. Sus *pastiches* habían debilitado su impulso creador, pero no habían logrado apaciguarlo. ¿Pues todos esos personajes en busca de autor, no estaban sugeridos en el marco adecuado del asunto Eulenburg? ¿No había descubierto él aquel «tema de un significado filosófico infinito», que vanamente había tratado de inventar, en este argumento homosexual cuya importancia ponían en claro los juicios en Alemania?

El hecho es que en julio de 1908, poco después del juicio del Príncipe Eulenburg (27 de junio), y cuando el Conde de Montesquieu acababa de consagrar (27 de junio) su *Cancelier de fleurs* a la memoria de su amado Gabriel de Yturri, Proust se encontra-

ba, al parecer, proyectando las primeras páginas de una novela que había de llegar a ser más tarde *A la Recherche du Temps Perdu* (En Busca de las Horas Perdidas).

Desgraciadamente, en agosto tuvo que renunciar a la empresa y abandonar París en un segundo viaje a Cabourg. Ahí descubrió que sus fuerzas habían decrecido considerablemente en el transcurso de un año. En el Verano de 1907 había sido capaz de vivir una vida relativamente activa, viajar por el campo con Agostinelli y explorar Normandía. Pero ahora, aunque todavía podía aventurarse a salir a la playa, los viajes en auto resultaban imposibles. A fines de septiembre abandonó Cabourg y se trasladó a Versailles, donde se instaló en el *Hotel des Reservoirs*. Pero inmediatamente sufrió una serie de ataques tan terribles que tuvo que permanecer recluído en sus habitaciones por varias semanas, sin otra compañía que su valet y Agostinelli, con quien mataba el tiempo jugando al dominó. Pero a pesar de su infortunio, estaba tan ansioso de expresarse por medio de una obra de arte, antes de que la muerte que presentía inminente llegara, que hizo un esfuerzo supremo para emprender el trabajo, y en dos ocasiones, en sus «momentos menos malos» logró realizarlo; pero sólo por veinte minutos cada vez.

Fueron, estos esfuerzos, valientes pero vanos. Días, semanas y meses pasaron y Proust parecía haber abandonado su proyecto. En los primeros días de noviembre estaba ya de vuelta en su apartamento del Boulevard Haussaman. Y a fines de 1908 y principios del nueve, su estado llegó a ser tan deprimente que no podía ni siquiera tratar de escribir unas cuantas líneas sin sufrir espantosas jaquecas. Desesperado, se resignó a volver a ensayar sobre un género que años antes había considerado estúpido: se dedicó a corregir unos *pastiches* olvidados, y en el mes de marzo de 1909 publicó en «*Figaro*» una nueva edición de su «*Affaire Lemoine*», después de lo cual volvió a caer en su patética inactividad. Pero no lo había abandonado su última esperanza.

De improviso, al final de la Primavera de 1909, volvió a la

vida. El 23 de mayo se dirige a su amigo Georges de Lauris para preguntarle si la familia de los Guermantes se ha extinguido y si su nombre puede ser usado en una novela. Esto significa que su proyecto, aparentemente abandonado, ha materializado al fin.

En realidad, había estado rumiando durante largo tiempo las impresiones y los recuerdos que deberían constituir la riqueza inagotable de *A la Recherche du temps perdu*. Pero sólo hasta entonces, el misterioso elemento que repentinamente principió el proceso de cristalización, se derramó en su cerebro, el cual, muy lentamente había alcanzado el estado de saturación. Así, por medio de una revelación sorprendente, Proust contempla su obra; descubre su verdadero tema: las memorias de su propia vida; y selecciona su argumento fundamental: la historia de una vocación literaria. Así, premonitoriamente determina el plan original, ese desarrollo circular que, después de la narración de toda una vida y de la exploración de un mundo, encajará, tan adecuadamente, la última página en la primera. Ansiosamente delinea entonces el capítulo inicial y el final, la clave de toda la estructura, y deja para más tarde, el dar forma a los pasajes intermedios. Pero está obsesionado por el temor a la muerte. No tiene tiempo que perder y trabaja desesperadamente, a pesar de los accesos de asma, a pesar de sus noches y días sin sueño. Es entonces cuando, como una segunda Scherazada, escribe en su manuscrito estas patéticas líneas: «Me muero por escribir. Durante el día, cuando mucho puedo tratar de dormir. Pero necesitaría muchas noches, tal vez cien, tal vez mil, y todavía estaría obsesionado con la ansiedad de saber si, en la mañana, cuando interrumpa mi historia, el amo de mi destino, menos benevolente que el Sultán Shariar, consentiría en suspender mi sentencia de muerte y me permitiría coninuar la siguiente noche».